

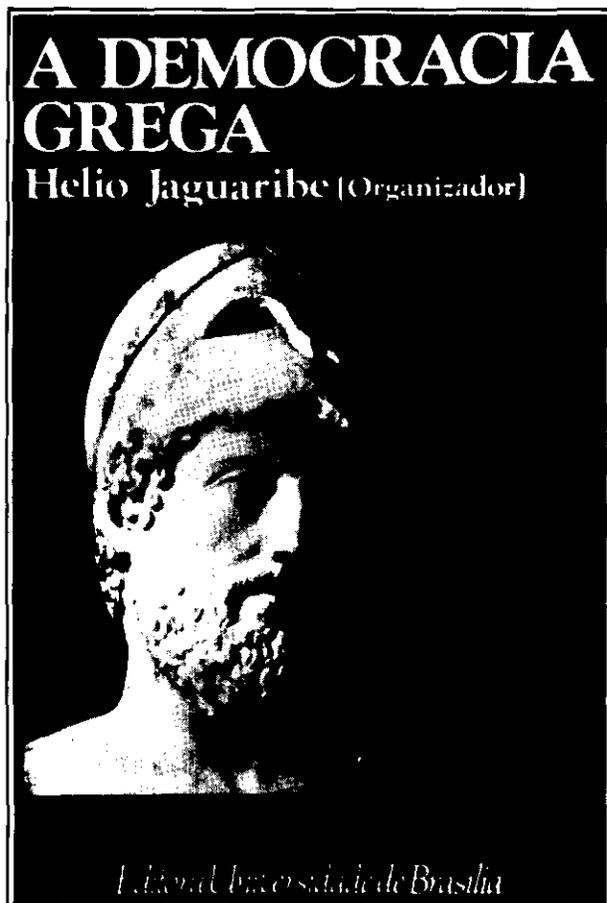
LA DEMOCRACIA DE PERICLES

Por HELIO JAGUARIBE

I. INTRODUCCION

Este breve estudio sobre la democracia de Pericles tiene un triple propósito. El primero, es delinear el contexto socio-político, en la Hélade y el mundo contemporáneo, desde el siglo V a. C., en que se sitúa la actuación de Pericles. El segundo, es señalar la contribución de Pericles a la consolidación de la democracia ateniense y al desarrollo económico, social y cultural de Atenas, así como presentar un breve esbozo de su política externa. El tercero, es intentar una sucinta discusión crítica de la obra de Pericles, en términos de su propia circunstancia de lugar y tiempo y del significado permanente de sus principales realizaciones.

Como la de cualquier protagonista, la acción de Pericles sólo es comprensible dentro de su contexto histórico-social y



de la visión que de él mismo le era posible tener. En el caso de Pericles, ese contexto es particularmente complejo porque se compone de múltiples y heterogéneos factores interactuantes: la amenaza de una nueva invasión persa y la activa presencia de fuerzas persas en el universo griego; la diversidad del mundo helénico del siglo V,

comprendiendo desde sociedades primitivas o semicivilizadas, como las de Tesalia y de Macedonia, a las más sofisticadas, como Atenas y Corinto; sociedades monárquico-oligárquicas, como Esparta, o subyugadas y en permanente estado potencial de revuelta, como Mesenia; sociedades terrestres, como las de Peloponeso, o

marítimas, como las de las costas de Egeo; pueblos dóricos, de propensión militarista y jonios, artistas y marineros; y todo esto complicado por la multiplicidad de los Estados-ciudades independientes, celosos de su autonomía y al mismo tiempo conscientes de la necesidad de viabilizarse económica y militarmente,

LA DEMOCRACIA DE PERICLES POR HELIO JAGUARIBE

La Universidad de Brasilia y el Instituto de Estudios Políticos y Sociales, luego de firmar un acuerdo de cooperación académica, decidieron iniciar sus actividades conjuntas realizando una "Semana de Grecia", dedicada a la discusión de la democracia griega. El evento tuvo lugar en el auditorio de la UNB, del 13 al 17 de octubre de 1980. El seminario estuvo organizado por el Profesor Helio Jaguaribe, reconocido mundialmente por su contribución en los campos de las Ciencias Políticas y Sociales, quien, además dictó una importante conferencia sobre "La Democracia de Pericles". Las conferencias y debates fueron recogidas en un libro que fue editado por la propia UNB. Por el especial interés y actualidad de la conferencia dictada por Jaguaribe, me decidí a traducirla para los inquietos lectores de la REVISTA AFESE 88.

Ramiro Dávila Grijalva

a través de la formación de grandes bloques, con la tendencia final de configurarse una polarización, entre Atenas y Esparta, conducente a un conflicto pan-helénico.

Dentro de ese complejo contexto la cultura griega conducía a la paradoja de afirmar, concomitantemente, la unidad de la Hélade y la absoluta autonomía e individualidad de cada Ciudad-Estado. Los griegos tenían, desde Homero, conciencia de unidad socio-cultural y se veían como un centro de civilización cercado por la barbarie. Si el victorioso rechazo de dos invasiones persas habían suscitado una inmensa —y en la verdad muy sobrestimada— conciencia del poder militar helénico y confirmado el sentido de superioridad del griego, ante el bárbaro, la convicción de que el Imperio Persa prepararía una nueva y más peligrosa invasión era general, en la década que sucedió a la victoria de Platea (479 a. C.).

Esta convicción conducía al reconocimiento de que era indispensable lograr una unidad operativa del mundo helénico para su autodefensa. Al mismo tiempo, el sentimiento de solidaridad pan-helénica tenía un carácter meramente

intelectual, como en el mundo contemporáneo, las solidaridades regionales en Africa, América Latina y en el conjunto de Europa.

El patriotismo griego, dotado de una intensidad y amplitud que no tiene paralelo en las formas contemporáneas del patriotismo, era estrictamente vinculado a la Ciudad-Estado. Conducía a un sentimiento de responsabilidad moral restringido a la propia ciudad, haciendo admisibles conductas desleales o inequitativas en relación con las demás. E instigaba al mismo tiempo, a una reivindicación de la autonomía absoluta para cada ciudad, incompatible con formas estables de cooperación y, lo que con estas era todavía más incompatible, al designio de hegemonía de la propia ciudad sobre las demás, en un afán de supremacía menos orientado para la obtención de ventajas materiales, aunque también motivado por ellas, que para manifestar la propia superioridad.

Dentro de ese contexto, Pericles, habiendo sucedido a Efilates en la dirección de la corriente popular en Atenas, lleva a cabo, en el curso de las tres décadas que van del 463, cuando sume el liderazgo de aquella

tendencia, hasta su muerte, en 429, una extraordinaria obra política, social y cultural, que abarca todos los aspectos de la vida ateniense.

Herederero de un proceso democrático que venía de Clístenes y que fuera reforzado por Efilates, consolida ese proceso institucionalmente, a través de medidas que amplían la soberanía popular y aseguran su efectivo ejercicio. Al mismo tiempo, gracias a su sentido de medida y su incontrastable autoridad moral, logra mantener el proceso democrático dentro de un confortable margen de viabilidad social, económica y política.

El líder democrático y popular, por tanto, es al mismo tiempo el artífice de un gran proyecto imperialista, que convierte a la Liga de Delos en el Imperio Ateniense. Y es el promotor de los más sublimes patrones de belleza en la reconstrucción de la Acrópolis y en el incentivo a la poesía y a la música, como amigo y patrocinador de Fidias e Ictinos, como compañero de Sócrates y como discípulo de Anaxágoras y de Damónides.

En las líneas que siguen intentaré, primero, analizar brevemente el contexto

socio-político en que se inscribió la actuación de Pericles. Enseguida, esbozaré una síntesis de la obra de Pericles, en la consolidación de la democracia ateniense, en la conducción de su política externa y militar, hasta los inicios de la guerra de Peloponeso y en el desarrollo cultural de Atenas. Finalmente, procuraré llegar a una breve evaluación crítica de esa extraordinaria obra, de sus errores y de sus aciertos y de lo que en ella, trascendiendo las condiciones de lugar y tiempo, se convirtió en un mensaje de permanente significación para el mundo.

II. EL CONTEXTO SOCIO-POLITICO

Etapas y dimensiones del proceso

La segunda invasión persa es conducida a su malogrado final con la aplastante victoria de los hoplitas del rey Pausanias, de Esparta, sobre Mardonio, que muere en combate, en la batalla de Platea (479 a. C.). Concomitantemente, la flota ateniense, reforzada con contingentes jonios, que se rebelan contra los persas, expulsa a éstos de las Cíclades y, en el 478, termina, con éxito, la toma de Sestos, en el Quersoneso Tracio.

En los años que siguen a la derrota persa, hasta fines del siglo V, el mundo griego en las relaciones de sus Ciudades-Estados entre sí y con el mundo persa, pasa por tres principales etapas. La primera, que puede ser situada entre los años 478 a 467, es marcada por la convicción de que los persas intentarían una nueva y más peligrosa invasión de Grecia. Ese período, después de una breve continuación del liderazgo espartano, verá la formación de un sistema defensivo de los pueblos jonios, unidos, en torno a Atenas, en la Liga de Delos.⁽¹⁾ El período siguiente, que se puede situar entre los años 467 a 433, está marcado por la deliberada conversión, por Atenas, de la Liga de Delos en un sistema imperial bajo su hegemonía.⁽²⁾ El tercer período, correspondiente al último tercio del siglo V, es el de la guerra del Peloponeso, que terminará, después de muchas vicisitudes, con la derrota de Atenas, en el año 405 y el general agotamiento de los Estados griegos.⁽³⁾

Durante los largos años que median entre la victoria de Platea, en 479 y el desastre final de la flota ateniense en Aegos Potamos, en 405, la vida griega consistió en una sucesión de etapas a las que

me referiré, en una trágica incapacidad de compatibilizar las dos principales necesidades del mundo helénico. La necesidad de la formación de una unidad operativa de los griegos, para su defensa contra Persia y la racional administración conjunta de sus intereses y recursos, en la cuenca del Mediterráneo. Y la necesidad de la preservación de la individualidad política y cultural de las Ciudades-Estado, fundamento de los valores y de la creatividad helénicos.

Entremezclada con la antinomia de la unidad y el particularismo se desarrolla la trama del conflicto social en las sociedades helénicas. Los griegos se dieron cuenta, desde los orígenes de la Ciudad-Estado y, muy claramente, a partir de Solón y Clístenes, del doble y antagónico sentido de que se reviste el concepto de *demos*, del pueblo. *Demos* son todos los ciudadanos y son, por otro lado, los pobres, relativamente sin educación, que viven de su trabajo diario y forman la gran mayoría de cada sociedad. ¿Cómo conciliar el pueblo como ciudadanía y el pueblo como masa?

Desde temprano se comprende que las teorías políticas —como monarquía, aristocracia y democracia— más que

modelos teóricos de organización de la sociedad, significan distintos modos de planteamiento del conflicto social. ¿Deben unos pocos, por ser más capaces, gobernar a todos, aumentando así y consolidando sus ventajas sociales? En tal caso, ¿cómo hacer que los ricos sean suficientemente solidarios con una sociedad para continuar sosteniendo el peso de su sustentación económica, sin la contrapartida de ventajas políticas?

Como tendré ocasión de referirme brevemente, en el correspondiente capítulo de este estudio, el mundo griego comprendió los antagonismos y conflictos de la polaridad pobreza-riqueza sin, por tanto, concebir un régimen productivo alternativo al existente. De allí que siempre hubo en Grecia, una infranqueable brecha entre las concepciones del consumo y la producción.⁽⁴⁾

El populismo griego condujo a concepciones redistributivas de la riqueza, a través de varias modalidades de tipo, predominantemente requisitorio y expropiativo. Pero no condujo a concepciones alternativas en lo que se refiere a la producción de la riqueza. Así, cuando era necesario

reconstituir las reservas de bienes y no era posible obtenerlos por apropiación de terceros, los griegos no encontraban otra solución sino la de dejar que los oligarcas volviesen a disponer de condiciones de acumulación privada. El semigolpe de Estado de los 400, en Atenas, en la crisis del año 411, fue en gran parte determinado por la convicción, por parte de la plebe, de que solamente la restauración de la oligarquía permitiría financiar los altos costos de la guerra, después de la catástrofe de la expedición a Sicilia, en el 413.⁽⁵⁾

En ese cuadro de incesante conflicto social en las diversas ciudades griegas, con redistribuciones de la riqueza por expropiación de los ricos y reconcentración de ésta, por las exigencias de la producción, Atenas tentó, con bastante éxito, apoyando a la plebe contra las oligarquías, hacer aceptar por aquéllas su hegemonía, como condición de la preservación de los regímenes populares. Esparta, por su lado, también con éxito, procuró movilizar el particularismo de las Ciudades-Estado contra los intentos unificadores del Imperio Ateniense, con la preservación del poder de los oligarcas.

La Liga de Delos

Si Atenas fue la principal responsable por el rechazo de la primera invasión persa, con la victoria de sus hoplitas en Maratón (490) y de su flota en Salamina (480), Esparta sobrellevó con el mayor peso de la resistencia a la segunda invasión. Tal circunstancia aseguró la natural continuación del liderazgo militar espartano, después de Platea.

Esparta, en cambio, era un Estado profundamente vinculado a su propio territorio. En parte por razones culturales y en parte porque la obstinada decisión espartana de mantener esclavizada a la población mesenia le imponía una constante vigilancia militar de los hilotas. En ningún momento podía Esparta desguarnecer su propio territorio ni mantener distante a él, por tiempo prolongado, contingentes muy numerosos. Tales circunstancias llevaron a los espartanos a preferir retroceder hacia el Peloponeso la línea de defensa contra los persas. La insistencia espartana en proceder así ya había perjudicado profundamente la causa griega, cuando la invasión de Artajerjes. La misma falta de interés de los espartanos por acciones

militares en áreas alejadas condujo a los pueblos de las márgenes e islas del Egeo a un creciente descontento con el liderazgo espartano.

Se formó, así, entre tales pueblos, un consenso sobre la necesidad de unirse contra ellos en torno de Atenas, en la formación de un sistema defensivo eficaz, que pudiese prevenir, con anticipación, la amenaza de una nueva invasión persa y conducir a la final expulsión de los persas de los territorios griegos que todavía ocupaban y, en general, del Mar Egeo. El problema inicial consistía en eludir la natural oposición de Esparta.

Un paso decisivo para viabilizar la formación del nuevo sistema defensivo fue dado por Temístocles, a quien ya se debía la iniciativa de la creación de la flota ateniense. Temístocles, manteniendo hábilmente los espartanos en la ignorancia de lo que hacía, logra construir con sorprendente velocidad, en 479, fortificaciones en torno de Atenas y del Pireo. Cuando Esparta se dio cuenta de lo que ocurría, las murallas protectoras ya estaban edificadas, haciendo a ambas ciudades inaccesibles a la infantería espartana, que entonces no disponía de técnicas de asalto a fortificaciones de

pedra. Pudo así Atenas, en 478-477, ultimar, con los jonios, la formación de la liga de Delos.⁽⁶⁾

La liga fue concebida como una confederación naval defensiva. Cada participante contribuía con una cuota de navíos o el equivalente en dinero. Aristides, el Justo, ocupado de montar el sistema, logró el consenso de los participantes adoptando, como criterio de cuotas, los antiguos tributos cobrados por los persas. Se estima en 200 talentos el valor inicial de la contribución anual de los confederados.

La Liga tenía una Asamblea General —Synedrion— con base en Delos, a la que correspondía, inicialmente, la dirección de sus asuntos. Rápidamente, entre tanto, Atenas logró asumir esa dirección. En los años que se siguen, bajo el apto comando de Cimon, las fuerzas de Liga libraron al Egeo de la presencia persa, culminando con la gran victoria naval del Río Eurimedon, en 466.

Al mismo tiempo, entre tanto, en que Atenas da eficaz cumplimiento a los objetivos militares de la Liga, sus relaciones con los confederados van tomando cada vez más la figura de dominación hegemónica. Un hecho particular acelera

la transformación, en el ámbito de la Liga, de las relaciones de alianza en unilateral dominación ateniense: la pretensión de Naxos de retirarse de la confederación.

Con el pasar del tiempo y el propio éxito militar de la Liga, los recelos de una nueva invasión persa se fueron atenuando. Al contrario, se tornó claro que Atenas, bajo el pretexto de coordinar los esfuerzos de los aliados, se venía transformando en sucedánea de ellos. Naxos buscaba librarse de la hegemonía de Atenas bajo el pretexto de la separación de la Liga. Atenas, entre tanto, no duda en intervenir militarmente en Naxos, obligándola a demoler sus muros y a pagar tributo. Ese procedimiento será repetido por Atenas en otras oportunidades, haciendo compulsoria la permanencia de los confederados en una Liga que se convierte, ostensiva y formalmente, en un sistema imperial ateniense.

La evolución de la política interna de Atenas toma un camino que reforzará su propensión al imperialismo. La corriente popular de Efiates se sobrepone al conservadorismo moderado de Cimon, en 463. En 461, Cimon es condenado al

ostracismo. Poco después, Efialtes es asesinado por extremistas conservadores, pero Pericles le sucede en la dirección de las fuerzas populares y consolida el predominio de éstas. Con Cimón, prevalecía una política de cooperación con Esparta y de moderación en el ejercicio de la dominación ateniense de la Liga de Delos. Con Efialtes y, más todavía, con Pericles, predomina una actitud de animosidad y desconfianza, en relación a Esparta y una ostensiva asunción por Atenas de su condición Imperial, en el ámbito de la Liga y, gradualmente, en el conjunto de Grecia.

El Imperio Ateniense

El Imperio Ateniense fue una consciente y deliberada construcción de los dirigentes populares, especialmente de Pericles.⁽⁷⁾ Tal política, por tanto, no constituyó un acto de capricho o de mera soberbia ateniense. Estaban en juego, realmente, importantes cuestiones para las cuales, en las circunstancias económicas, sociales y culturales de Atenas y de Grecia, la solución imperial era la más viable. Entre esas cuestiones dos merecen particular atención.

La primera se refiere a la dificultad de preservar la disposición de lucha, entre los confederados, en la medida en que, con el propio éxito inicial de la Liga, se dispuso el recelo de una nueva invasión persa. Una asociación puramente voluntaria, como ocurrió en los inicios de la Liga, exigía que se mantuviese inminente, a los ojos de los participantes, los riesgos de una nueva intervención del Imperio Persa. Contrariamente a lo que pasaba con los confederados, Atenas, habiendo ya sufrido la ocupación de su territorio y la destrucción de la ciudad por los persas, mantiene constante su actitud defensiva. Por otro lado, en la medida misma en que la dirección de los asuntos de la Liga por Atenas, se convertía en una hegemonía, los intereses decurrentes del ejercicio de ésta crecían frente a los de defensa para consolidar en Atenas el propósito de conservar, aunque sea por la fuerza, el sistema de Delos.

Habría que considerar, al margen de esa cuestión, las dificultades de orden cultural que se presentaban, en el universo griego, para el mantenimiento, a largo plazo, de un sistema confederado. Los mecanismos confederativos, implicando formas

representativas de gobierno, distintas de las directas, a que estaban habituados las Ciudades-Estado e imponiendo, por otro lado, restricciones recíprocas de estas, se alejaban demasiado de los valores y de las tradiciones helénicas para sobrevivir a los momentos agudos de crisis que ocasionaba su formación. Dos siglos más tarde, en el período helénico, las Ligas Acaia y Etolia mantuvieron un sustentado esfuerzo federativo, para defenderse de Macedonia. Pero esos interesantes ejemplos de éxito confederativo no lograron extenderse, en el propio período helénico, para las sociedades griegas con mayor tradición de cultura y vida política.⁽⁸⁾

El segundo aspecto más relevante a considerar en la formación del Imperio Ateniense, se refiere a la significación de que se revistió para la vida corriente de Atenas y para el propio funcionamiento de su democracia.⁽⁹⁾ Lo que hace esa cuestión particularmente interesante es el hecho de que no se aplican al imperio ateniense las modernas categorías de imperialismo. El capitalismo ateniense quedó siempre contenido en moldes modestos. El imperio no sirvió para expandir y proteger

inversiones de capital ateniense en el exterior. No hubo, propiamente el establecimiento de un sistema asimétrico de intercambio, que permitiese a los atenienses importar materias primas baratas, contra exportación de manufacturas valiosas.

Añádase que los mercaderes atenienses eran los metecos, extranjeros residentes dedicados al comercio, sin derecho a la propiedad rural.

El imperio, no obstante, se constituyó, por dos razones principales, en una dimensión fundamental de la vida económica de Atenas. La primera se debe a una creciente dependencia de Atenas de la importación de cereales y otros alimentos, para atender a una población creciente y a una transformación de su propia agricultura. Por su desarrollo geográfico interno y por la incorporación de importantes contingentes extranjeros, ligados a su expansión comercial, Atenas se tornó la ciudad más populosa de Grecia, en el siglo V. La agricultura ateniense, por tanto, se concretó en la producción de olivos y viñedos, en detrimento de los cereales, cuyo abastecimiento pasó a depender de la importación del Helesponto, de Egipto y de Sicilia, entre otras regiones. La flota ateniense

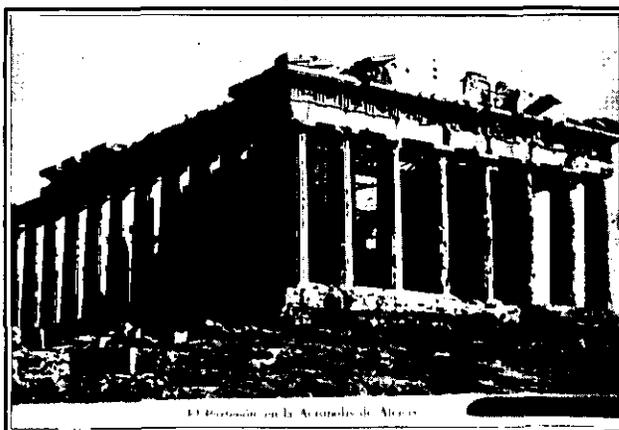
—fundada con los recursos de la Liga— garantizaba la seguridad de las vías marítimas contra piratas y persas, haciendo estable la importación de alimentos. A cambio de estos, Atenas exporta aceites, vinos y una creciente producción de cerámica, cuyo refinamiento y elegancia la convierten en la mercadería internacional más buscada del siglo V.

La segunda razón de la importancia del imperio para Atenas, era asegurar empleo para la numerosa mano de obra aplicada en la tripulación de los navíos y en la producción y manutención de estos. Añádase, marginalmente, la formación de colonias de población, a través de cleruquias, mediante las cuales tierras confiscadas de rebeldes eran atribuidas a los ciudadanos atenienses, para colonización, sin pérdida de sus vínculos de ciudadanía.

La guerra del Peloponeso

La guerra del Peloponeso, que se extendió, con interrupciones, de 431 a 404, constituyó, juntamente con las guerras Médicas, uno de los más importantes eventos político-militares de la historia de Grecia. En tanto las guerras Médicas, a principios del siglo V, marcan el inicio del período clásico de Grecia antigua y desencadena la fase del mayor vigor creativo de la cultura helénica, el conflicto entre Esparta y Atenas señala el fin de ese período y conduce al agotamiento material de los Estados griegos, creando las condiciones que hicieron posible, en el siguiente siglo, la conquista macedónica.

Muchos factores



El Propylaea en la Acropolis de Atenas

contribuyeron para hacer gradualmente inevitable la confrontación espartano-ateniense. Entre éstos, tres son particularmente relevantes. Cabría mencionar, en primer lugar, el hecho de que Atenas y Esparta se habían claramente destacado, desde principios del siglo VI, como las dos más importantes Ciudades-Estado de Grecia, ostentando, cada cual, características que los constituían en paradigmáticas de su respectivo género.⁽¹⁰⁾ Tal situación generaba en ambos Estados una firme convicción de su respectiva superioridad y una ostentiva pretensión al ejercicio de una supremacía general en el mundo helénico. Configurábase así, desde luego, un antagonismo que inducía a la confrontación.

Es necesario, enseguida, referirse al hecho de que el éxito de Atenas en la formación y expansión de la Liga de Delos y su conversión en el Imperio Ateniense condujeron a los espartanos a estrechar los lazos de la antigua Liga del Peloponeso. Las dos Ligas gradualmente incorporaron en su ámbito o en su área de influencia todo el mundo griego, generando en él una peligrosa polarización que creaba un delicado balance de poder, en vista del cual

ninguna de las potencias predominantes podía aceptar que se inflingiesen pérdidas significativas a sus aliados.

El asunto de los aliados, en ambas Ligas, era extremadamente compleja, habiendo muchas condiciones propiciadoras de conflictos. Resaltan, entre estas, la amenaza que la expansión comercial de Atenas representaba para Corinto y la revuelta de Megara para Atenas. Corinto, aliada de Esparta y rival comercial de Atenas, vio su influencia sujeta a una completa decadencia en el Egeo y miraba, con aprensión, el desarrollo del comercio ateniense en el Mediterráneo occidental. La adhesión de Corcira, colonia de Corinto, junta a la costa de Epiro, a Atenas y las presiones de Atenas, en el extremo nordeste de Grecia, sobre Potidea, aliada de Atenas pero también colonia de Corinto, constituían inaceptables riesgos para Corinto.

Paralelamente, la revuelta de Megara y su adhesión a la Liga del Peloponeso constituían un peligroso desafío para Atenas. Así en esos episodios, que se revelaron decisivos para el desarrollo de la guerra, las vicisitudes de los aliados fueron determinantes de la conducta de las dos potencias antagónicas.

Un tercer factor decisivo para la guerra del Peloponeso será la comprensión que Pericles tenía de la situación. Hostil a Esparta, por sus valores y estilo, Pericles alimenta la convicción de que Esparta no se conformará con el Imperio Ateniense y procurará destruirlo en la primera oportunidad.⁽¹¹⁾ Al mismo tiempo, sin subestimar la importancia militar de la Liga del Peloponeso, Pericles cree en la superioridad estratégica del sistema ateniense, siempre que sea convenientemente conducido: la estrategia de la guerra naval. Prefiere, así, inducir a los espartanos al conflicto, en el momento en que le parece oportuno y cuando todavía se siente seguro de la dirección política de Atenas, que dejar a los espartanos el futuro beneficio de la opción bélica.

III. LA POLÍTICA INTERNA DE PERICLES

El pueblo de Atenas

La Atenas de Pericles era habitada, como ocurría con las demás ciudades griegas, por una población que comprendía los tres principales estratos: los ciudadanos, los extranjeros

libres (metecos) y los esclavos.⁽¹²⁾

Esta estructura social, usual en toda Grecia antigua, que presentaba algunas variantes como, especialmente, en el caso de Esparta. En esta, la subyugación de la población de Mesenia conducirá a una forma de servidumbre distinta de la esclavitud y próxima a lo que sería en la Edad Media la servidumbre de la gleba, creando la clase de los hilotas. Esparta, además, contaba con otro grupo, los periecos, algo equivalente a los metecos de Atenas, dotados de libertad personal pero privados de los derechos cívicos, salvo para fines de servicio militar, dedicados a la agricultura, la industria y el comercio.

En el caso de Atenas, solamente los ciudadanos tenían acceso a la propiedad rural y derecho a la explotación de las mismas. Los metecos, dedicados al comercio, gozaban de toda la libertad personal pero sólo podían hacer sus transacciones con bienes muebles. Los esclavos se distribuían, en la práctica, en tres principales grupos. Un pequeño contingente era de propiedad del Estado y ejercía tareas de guardia y de asistencia a los magistrados, gozando de un status semejante al de los

metecos. La gran mayoría de los esclavos era de propiedad particular, diferenciándose los esclavos vinculados a la minería, sujetos a condiciones extremadamente arduas, de los demás que disfrutaban de condiciones muy benignas.

La ley protegía a los esclavos contra los malos tratos, facultándoles el derecho a pedir asilo o reventa a otro comprador. En la práctica, no habían distinciones entre ciudadanos, metecos y esclavos, para todos los fines corrientes de la vida. Usaban la misma indumentaria, recibían el mismo pago por idéntica tarea y participaban libremente, de la vida urbana común, excepto en lo referente a las actividades políticas y de culto, privativas de los ciudadanos.

Interesante ilustración de la no discriminación ateniense —que merecía reservas de los sectores más conservadores— se encuentra en los registros de los prestamistas y trabajadores que participaron en las obras del Erecteum, del 409 al 408. Por ellos se verifica que de las 71 personas que participaron en los servicios, 20 eran ciudadanos, 35 eran metecos y 16 eran esclavos, siendo igual la remuneración de todos, por día o por tarea.

La benigna condición de la mayor parte de los esclavos, así como la libertad personal de que gozaban los metecos no excluía, por tanto, significativas diferencias en la sociedad ateniense. Entre estas era particularmente importante la que discriminaba el trabajo manual del no manual, en este último grupo privilegiado estaban las actividades sin fines lucrativos, de carácter político, militar o intelectual. Había, igualmente, diferencias de clase, en términos de status social, separando las masas trabajadoras, aunque libres, de la clase media comercial y agrícola de la aristocracia.

A pesar del estilo más exclusivo y elegante de la aristocracia, sobre todo de la "juventud dorada" del círculo de Alcibíades, los atenienses vivían de forma extremadamente parca. Los ciudadanos eran en general propietarios de sus casas, pero estas eran modestas, con excepción de las mansiones rurales de la nobleza. El vestuario era igualmente simple, común a los dos sexos, consistiendo en una túnica interior, "chiton" y de un manto exterior, "himación". La alimentación, igualmente simple, consistía de cereales,

legumbres, queso, vino y frutas. Se comía poca carne, principalmente de puerco y bastante pescado.

Se estima que el costo mínimo de vida de un adulto soltero, en la Atenas de Pericles, era del orden de 120 dracmas por año. El salario diario mínimo era de 2 óbolos, o sea 1/3 de dracma. El de un artesano era del orden de 1 dracma. Igual pago se daba a los marineros y el doble a los hoplitas. Se pagaban honorarios bastante más elevados a los médicos de prestigio, músicos, actores y sofistas.⁽¹³⁾

No existen censos de la población ateniense, pero estimaciones basadas, entre otros elementos, en la relación entre varones adultos y fuerzas militares la sitúan, en la época de Pericles, en el orden de los 300.000 habitantes. De estos, cerca de dos tercios vivían fuera de la ciudad de Atenas, en campos y villas. Se calcula que, del total de habitantes, los ciudadanos representaban un contingente de ciento cincuenta a setenta mil personas. Habría de treinta y cinco a cuarenta mil metecos y ochenta a cien mil esclavos.

En términos militares esa población, al iniciarse la guerra del Peloponeso,

proporcionaba un contingente del orden de los treinta mil hoplitas, más de la mitad de los cuales destinados a la defensa de las murallas. Había todavía 1.600 arqueros y 1.200 caballeros, inclusive 200 arqueros ecuestres.

La evolución democrática

La formación de la ciudad ateniense, se realizó entre fines del siglo IX y principios del VIII, mediante un proceso denominado por los griegos de *synoecismos*, míticamente atribuido a Teseo, consistente en la fusión, en un solo reino y con una única ciudadanía con capital en Atenas, de las varias comunidades del Atica.⁽¹⁴⁾

La primitiva constitución de Atenas era de carácter aristocrático, el poder y los cargos militares eran retenidos por una nobleza agraria —*eupatridai*— que pronto redujo el poder de la realeza, dividiéndola en tres magistrados: el rey propiamente, también con funciones de sacerdote supremo; el polemarcha, dirigente militar y el arconte, autoridad civil. El sistema, más tarde, evolucionó hacia un arcontado de nueve

magistrados, de mandato anual. El rey se convierte en autoridad meramente religiosa —*archon basileus*— con el polemarcha como jefe militar, el *archon eponymous*, como autoridad civil y seis *thesmothetae*, como jueces y guardianes de la ley.

La asamblea popular —*Eclésia*— elegía los magistrados y adoptaba las leyes. Su composición inicial fue aristocrática, conformada por los ciudadanos de las clases superiores, que integraban las fuerzas armadas. Un consejo de ancianos —*Aeropagys*— formado por representantes de las familias más nobles y, probablemente, por los ex-arcontes, era el principal cuerpo deliberativo del Estado, proponiendo la adopción de leyes y regulando los asuntos religiosos y judiciales, de conformidad con el severo código de Dracon.

La evolución socio-política de Atenas, desde el siglo VII, se realiza en el sentido de ampliar el estrato de los participantes en las actividades militares y políticas. Se forma, junto a la clase de los grandes propietarios rurales, una clase urbana de mercaderes y artesanos y una clase de pequeños propietarios. La expansión de las actividades

económicas conduce, a partir de Solón, a una repartición de la población libre en cuatro clases. La más alta comprendía los *pentakosiomedimnoi*, propietarios rurales que producían anualmente no menos de 500 *medimni* (ca. de 25.000 l) de trigo. La segunda clase, de los caballeros —*hippois*— comprendía los que producían no menos de 300 *medimni*. Los *zeugitai* comprendían los productores de hasta 200 *medimni*. La cuarta y última clase era la de los trabajadores, *thetes*. Las dos primeras clases eran elegibles para el arcontado. La tercera, podía participar en las magistraturas menores. Las tres clases más altas suplían los contingentes de la infantería pesada, los hoplitas. La cuarta clase daba los contingentes de la infantería ligera, pero no tenía voto en la Asamblea.

El desarrollo económico de Atenas, con la expansión de los olivares y viñedos, en detrimento de la agricultura de subsistencia, el incremento de la producción de manufacturas y la expansión del comercio, en el cuadro de una economía que se hacía capitalista, generó una fuerte elevación de las necesidades de capital, una de cuyas consecuencias fue el excesivo

endeudamiento de los pequeños y medianos productores. Las tensiones sociales de allí resultantes, con la ejecución de propiedades y la reducción a la esclavitud de los deudores insolventes, pusieron seriamente en peligro la paz civil. Fue entonces Solón designado arconte único (594 a. C.) para remediar la situación.

Las reformas de Solón constituyen un primer esfuerzo sistemático para aumentar el coeficiente de democracia de las instituciones atenienses. En el plano socio-económico se encaminan a corregir los males originados en la servidumbre por deudas. Esta es abolida y son liberados todos los que por tal razón se habían tomado esclavos. Se cancelan, igualmente, los gravámenes que pesaban sobre las tierras de los pequeños propietarios. Son fijados los límites máximos para la posesión de tierras. Una nueva política económica es adoptada, prohibiendo la exportación de cereales, para asegurar el abastecimiento interno y estimular la exportación de aceite de oliva y de manufacturas.

En el campo político, Solón permite a la clase de los *thetes* el acceso a la Asamblea, adopta un nuevo

código, en sustitución del de Dracon y crea el tribunal de *heliaea*, cuyos miembros se reclutaban, por sorteo, entre todos los ciudadanos. El Areópago, con sus poderes reducidos, pasa a ser integrado por los ex-arcones. Y es creado el *Boulé*, un consejo de 400 —cien por cada tribu— como cuerpo deliberativo, con la iniciativa de proposición de todas las leyes.

A pesar de su gran importancia para el enrumbamiento de Atenas hacia un régimen democrático, las reformas de Solón no lograron eliminar los focos de tensión social. Las clases ricas sentían los prejuicios y las limitaciones sufridos con la supresión de las deudas y las pobres juzgaban insuficientes las medidas adoptadas. En ese cuadro Pisístrato, habiéndose destacado como general, por sus victorias, en el conflicto que opuso Atenas a Megara, por la posesión de Salamina, logró, después de dos tentativas de éxito corto, consolidar su dominio sobre Atenas, alrededor del 546, como representante de los pequeños propietarios.

La tiranía de Pisístrato, además de ilustrada, representó, como ocurrió en otras tiranías griegas, una transición de la sociedad

aristocrática hacia la democrática y el poder de los *eupatridai* fue sustancialmente reducido, en parte, por el destierro de familias aristocráticas y la redistribución de sus tierras a los pequeños agricultores. Por otro lado, en el plano político, el Aerópago perdió su influencia y las atribuciones de las magistraturas precedentemente ejercidas por los nobles fueron acaparadas por el tirano.

Psístrato muere en 527, legando el poder a sus hijos Hipías e Hiparco. Este sucumbe en 514 con ocasión de la conspiración de Harmodio y Aristogiton. En 510 los Alcmeónidas consiguen, finalmente, con el auxilio de Esparta, expulsar a Hipías y Clístenes. Un Alcmeónida de tendencia popular, logra en 508, iniciar sus reformas. Temporalmente separado, por un golpe de los aristócratas de Iságoras, apoyados por los espartanos, Clístenes es devuelto al poder por el pueblo y logra, en 502, poner en marcha su nueva constitución.

El objetivo de Clístenes es el establecimiento de un régimen democrático abierto a todos los ciudadanos, comprometiendo a todos en alguna forma de prestación de servicio público. Para

ese efecto, modifica la estructura política de la población. Los *demes* o barrios de las poblaciones del Atica quedan constituidos en unidades electorales, dividiéndose la propia capital en *demes*, registrándose en ellos todos los ciudadanos residentes. Los *demes* son divididos en tres grupos: la ciudad de Atenas, la costa y el interior del Atica. En cada uno de esos grupos tendía, naturalmente, a prevalecer un diferente estrato social: mercaderes, en la ciudad; marineros, trabajadores de los astilleros y pescadores, en la costa; propietarios rurales, en el interior. Cada uno de esos tres grupos fue dividido en diez *trittyes*, con varios *demes* cada uno. Tres *trittyes*, una de cada grupo, constituyó una nueva tribu, de suerte que, de las treinta *trittyes*, resultaron diez tribus nuevas. Y en cada tribu quedaron representados los tres estratos sociales.

Las nuevas tribus policlasistas fueron constituidas en base de todas las actividades plúicas y militares. El *Boulé*, o Consejo, pasó de 400 para 500 miembros, con amplios poderes deliberativos en todos los asuntos públicos, llegando a ser el principal mecanismo de gobierno. Sus miembros pasaron a ser

escogidos por sorteo, de entre una lista de candidatos elegidos por los *demes*, sorteándose 50 miembros de cada una de las tribus. El poder ejecutivo continuó entregado a los nueve arcontes, pero como instancia implementadora de las deliberaciones del *Boulé*. Fueron creados, además, dos nuevos cuerpos, estrechamente asociados al Consejo: los *colacretae*, con atribuciones de gestión financiera y los *strategi* o generales, uno por cada tribu.

Dado el gran número de miembros del *Boulé*, se constituyó un comité de representación de éste, de 50 miembros, o *Prytaneu*, para asegurar la continuidad de los trabajos del Consejo, permaneciendo en función, cada comité por el período de 1/10 del año. Un pequeño número de miembros de cada *prytaneu*, bajo las órdenes de un presidente del día, permanecía en trabajo continuo, día y noche, instalado en un *Tholos*.

Clístenes mantuvo, mientras tanto, por razones de orden económico, la práctica de restringir a los ciudadanos de las dos clases más altas el acceso al arcontado y a los cuerpos de *colacretae* y *strategi*. Como las funciones públicas no eran remuneradas, los que

dependían de su trabajo no podían ejercer las que exigían tiempo integral.

Con las reformas de Clístenes el ejército fue también democratizado, asumiendo las características de una milicia nacional.

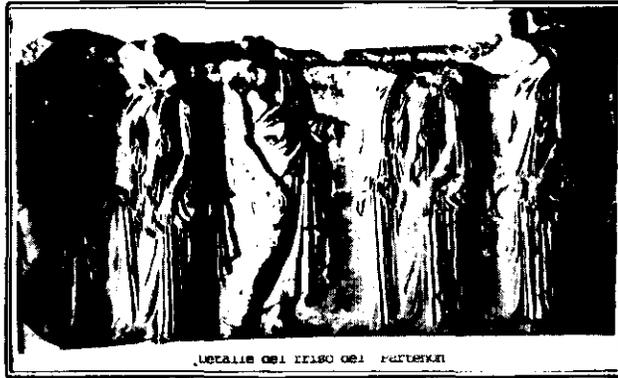
Cada tribu quedó obligada a proporcionar un regimiento de infantería y un escuadrón de caballería, comandados por oficiales electivos, los *taxiarchi* e *hipparchi*.

La función de polemarcha se volvió residual, pasando el comando militar a los diez *strategi*, que se alternaban en la jefatura suprema.

La actuación de Pericles

La actuación de Pericles, cuya vida transcurre del 494 al 429,⁽¹⁵⁾ se inserta en el cuadro de la democracia de Clístenes.

Pericles desciende, tanto por la línea paterna como por la materna, de familias ilustres. Su padre, Xantipo, fue general, comandante de la flota ateniense contra los persas en la victoria de Micalé e influyente político, descendiente de arcontes. Agariste, su madre, era una Alcmeónida, sobrina de Clístenes, el reformador y descendiente directo del famoso arconte Megacles que frustró, en el



632, la tentativa de tiranía de Cylon pero, violando sus promesas, lo mató después de que se rindiera, generando así la "maldición de los Alcmeonidas.

Pericles recibe del padre y de maestros como Anaxágoras y Damónides una elaborada educación liberal. Desde temprano dedicado a la cosa pública y animado de profundo patriotismo, concentra toda su vida en la defensa de los intereses de Atenas, con la práctica supresión de cualquier actividad privada. Esta a tal punto fue minimizada que no se conoce el nombre de su primera mujer, de quien tuvo hijos Xantipo y Paralos y de la cual se llegó divorciar antes de relacionarse con Aspasia. De extrema frugalidad, vive de los modestos rendimientos de la propiedad que hereda de su padre y que es entregada a los cuidados de un fiel administrador.

La acción pública de Pericles se inicia como colaborador de Efiltes, líder de la línea popular. Conforme declina el prestigio de Simón, en el 461, deja la dirección de los asuntos públicos con Efiltes, que hace aprobar una ley de reforma del Aerópago. Este es privado de todos los poderes, salvo su jurisdicción sobre casos de homicidio. Los demás poderes, que se desprendían de la atribución de la custodia de las leyes, son distribuidos entre la propia Asamblea, o Consejo de los 500 y los tribunales. La refirma tuvo, sobre todo, valor simbólico, expresando la supresión de las últimas prerrogativas de la nobleza.

El sistema consitucional ateniense pasa a ser el de una democracia directa, ejercida por el pueblo reunido en el monte Pnice, en Asamblea, de la cual dependía, principalmente por sorteo o

elección —como en el caso de los generales— la provisión de todas las magistraturas. La Asamblea se reunía con mucha frecuencia, casi una vez por semana. Por eso mismo, era usualmente pequeña la asistencia, lo que, en general, favorecía los intereses urbanos, más presentes en las reuniones. Para fines especiales, como decretar un ostracismo, se requería de un quórum mínimo de 6.000 ciudadanos.

Una disposición particular de esa democracia, cuya fecha de entrada en vigor se desconoce, pero corresponde ciertamente al período de estudio, es la *graphé paranomon*. Se trata de una ley que establece, con efecto retroactivo, la permanente posibilidad de denunciar, ante una Asamblea, de cualquier ley o acto que sea considerado inconstitucional o contrario al interés público y como tal sea reconocido por la Asamblea.

El asesinato de Efiálfes, por iniciativa de un club secreto de extrema derecha, en el mismo año de la reforma del Aerópago, transfiere a Pericles el liderazgo de las fuerzas populares. La actuación de Pericles, en la conducción de los asuntos internos de

Atenas, sigue consistentemente la misma línea: profundizar y consolidar las características democráticas de las instituciones atenienses y de la práctica de estas, preservando al mismo tiempo un profundo sentido de medida y de equidad en las relaciones entre estratos y grupos sociales.⁽¹⁶⁾

Las reformas institucionales de Pericles se dirigen, dentro de la línea que acabo de mencionar, a eliminar los impedimentos, tanto normativos como de orden práctico, que todavía vedaban a los ciudadanos de las clases más modestas el ejercicio de ciertas magistraturas. En el plano normativo, esas reformas conducirán en el 457, a la apertura del arcontado, antes reservado a las dos clases superiores, a la tercera clase de la clasificación de Solón, los *zeugitae*. En lo que se refiere a la cuarta y última clase, los *thetes*, aunque el impedimento formal no haya sido removido, fue hecho de facto, a través de expedientes de ficción legal.

En el plano del orden práctico la importante innovación de Pericles consistió en hacer aprobar por la Asamblea, en el 451, una ley asegurando el pago, por el Estado, de las magistraturas que exigían tiempo integral. La

gratuidad de las funciones públicas, en Grecia, estuvo siempre vinculada al ejercicio de éstas por las clases más altas, que vivían de sus propiedades y no de su trabajo. El principio de la gratuidad era, al mismo tiempo, un consecuencia del estilo aristocrático y una forma de separar a los trabajadores del ejercicio de las magistraturas. Fue, precisamente, para superar los impedimentos de orden práctico que no permitían a las clases pobres ejercer esas magistraturas que Pericles introdujo el principio opuesto, el de la remuneración del servicio público. El estipendio fue fijado por el monto más bajo de la remuneración de un trabajador (inicialmente, 2 óbolos por día), con el deliberado propósito de no hacer al salario público más atractivo que el que provenía del trabajo. Pero ese objetivo fue plenamente alcanzado y la democracia ateniense, tanto *de jure* como *de facto* llegó a tener una forma de pleno ejercicio de la soberanía por todos los ciudadanos, sin ninguna restricción de clase.

Solamente las mujeres, como ocurrió en todas las culturas patriarcales, quedaron excluidas de los derechos cívicos. En el caso de Atenas, entretanto, como se puede observar por

los poetas cómicos e informaciones disponibles sobre algunos casos ilustres, como el de Aspasia, no era despreciable la influencia política femenina, ejercida por vía privada.

Una última medida importante propuesta por Pericles, en el 451, fue la de restringir la ciudadanía ateniense a los hijos de padre y madre atenienses. Esta medida, básicamente de carácter poco liberal, fue adoptada como consecuencia de la creciente atracción que llegó a ejercer Atenas en todo el mundo mediterráneo. La prosperidad de Atenas, asegurada por su predominio marítimo y comercial en el Egeo, la irradiación de su cultura y los privilegios que la democracia aseguraba a las clases populares, hacía converger para la ciudad un creciente número de extranjeros que, salvo el ejercicio de actividades políticas, gozaban en ella de todos los beneficios y, por eso, se radicaban en ella, aumentando significativamente el número de casamientos mixtos y de hijos de padres extranjeros. La medida, muy popular en la época, porque aumentaba los privilegios de la condición de ateniense, llegó a causar, entre otras consecuencias, serios problemas al propio

Pericles. Este tuvo de Aspasia, originaria de Mileto, un hijo, su tercero y último, a quien dio su propio nombre y que quedó privado de la ciudadanía ateniense. Para incorporarlo al cuerpo cívico de la *polis* fue necesario que la Asamblea en homenaje a Pericles, le confiriese la ciudadanía por una ley especial.

Asegurada la plena participación de todos los atenienses en la vida pública de la *polis*, el liderazgo de Pericles se hizo incontrarrestable y llegó a ser el dirigente más respetado de Grecia. Ese liderazgo, en el cuadro de una democracia directa, en que los magistrados eran estrechamente controlados por la Asamblea, con mandatos apenas anuales y, con excepción de los generales, eran escogidos por sorteo, tenía que ejercerse través de una permanente influencia sobre el pueblo, basada en la persuasión. Pero, a diferencia de un titular contemporáneo, no disponía de delegaciones formales de poder, salvo como general para fines militares. Así, todo lo que hacía dependía de consenso de la *Ecclesia*.

Ese consenso, en cualquier momento, podía serle negado o aun retroactivamente discutido, a

través de la peligrosa *graphé paranomon*.

Por otro lado —además del riesgo general de ostracismo que pendía sobre todos los jefes políticos— un líder progresista o liberal, como Pericles, enfrentaba otros dos riesgos, relativos a posibles opositores de derecha o de izquierda. Una de las características de Atenas del siglo V era la coexistencia de una extraordinaria libertad intelectual, que se manifiesta en el pensamiento de un filósofo como Anaxágoras, maestro y amigo de Pericles, o en las comedias de Aristófanes, con un fuerte conservadorismo religioso, que se movilizaba fácilmente en la condenación de actos, reales o supuestos, de impiedad.

Permanecía en vigor la tradicional pena de *atimia*, que llevaba a la pérdida total y parcial de los derechos civiles por determinados crímenes, inclusive los de impiedad. De la acusación de impiedad se valían, usualmente, las corrientes conservadoras —como, para hostilizar a Pericles, se procedió contra Anaxágoras— para reprimir innovaciones indeseadas, o por táctica política. Concomitantemente, la democracia ateniense generó la figura del demagogo.

Este, generalmente con las connotaciones que le da el sentido moderno del vocablo, era técnicamente una voz del *demos*.⁽¹⁷⁾ La democracia directa de Atenas no llevó a la formación de partidos, en el sentido formal de agrupaciones políticas definidas, con sus propios mecanismos de representación. Los partidos existían como realidad sociológica. Se oponían las clases superiores y sus clientes a las clases pobres. Se diferenciaban, también, agrupaciones por afinidades o lealtades políticas: los amigos de Temístocles, de Cimón, de Pericles. Pero, no habiendo asociaciones políticas formales, las reformas democráticas de Efilates y Pericles permitían que cualquiera, asumiendo la expresión de la voluntad popular, pretendiese manifestarla, presentando propuestas. Eucrates y Lisias, contemporáneos de Pericles, son señalados por Aristófanes como los primeros demagogos, sucediendo a ellos Cleón, que asumió el liderazgo popular, después de la muerte de Pericles. Los demagogos, provenientes de los estratos urbanos populares, tendían, por su propia visión de las cosas y por táctica, a formular propuestas gratificantes para

las clases pobres, pero frecuentemente ruinosas para el Estado.

Entre esos riesgos tenía que moverse el liderazgo de Pericles. El hecho de que logró ejercer ese liderazgo, del 461 al 430, sin interrupción de su prestigio, para sufrir su único revés serio un año antes de su muerte y conseguir todavía, en el 429, recuperar el generalato y la dirección de la Asamblea, es una de las muestras del genio político de Pericles y de su insuperable identificación con los intereses de Atenas. Tal hecho, indudablemente, también atestigua el buen nivel político del pueblo ateniense y su capacidad, cuando se halla ante un gran liderazgo, de discernir los verdaderos intereses populares con un gran sentido de medida y equidad, que le permitió movilizar, a favor de la causa democrática y de los intereses de la *polis*, la dedicación de los mejores hombres de Atenas, independientemente de su respectiva clase social.

IV. POLITICA EXTERIOR Y POLITICA CULTURAL

El parroquialismo griego

Como es bien sabido,

el parroquialismo era una de las características determinantes de la sociedad griega. El sentido de unidad pan-helénica, en momentos de inminente peligro externo, no logró jamás disciplinar el exclusivismo de las Ciudades-Estado. Esa concentración del patriotismo y del sentido moral en torno de pequeñas comunidades independientes —aparte de sus ruinosos efectos sobre la unidad helénica— condujo a un sentido de solidaridad cívica jamás igualado en la historia, logrando sobreponerse a los profundos conflictos sociales de las ciudades griegas.⁽¹⁸⁾

En Atenas, cuyo proceso de democratización se hizo por vía evolutiva y logró una feliz institucionalización con las reformas de Clístenes y de Pericles y con el sabio liderazgo de éste, los conflictos sociales fueron prácticamente eliminados, en el período que estamos examinando. Sobrevinieron serios resentimientos antidemocráticos en grupos oligárquicos, pero quedaron restringidos al círculo secreto de los clubes aristocráticos y —salvo en un episodio aislado, como el asesinato de Efilates por un agente de tales grupos, Aristodicus de Tanagra—

solamente mucho más tarde, con la derrota de Atenas en la guerra del Peloponeso, tuvieron efímera vigencia, durante el régimen de los 400 y el gobierno de los Treinta Tiranos.

Pericles, uno de los principales artífices e inigualable conductor de la paz social, era también, al mismo tiempo, un tópico representante del parroquialismo ateniense. Erigiendo esta condición en ideología, hizo de la supremacía de Atenas el objetivo central de su política externa y de su política cultural.

El proyecto Imperial

La tendencia imperial de Atenas era ya observable en tiempos de Cimón. Pericles hizo de ella un objetivo deliberado y manifiesto. Ese objetivo le parecía, al mismo tiempo, justificado, conveniente y ejecutable.⁽¹⁹⁾

La justificación del imperialismo ateniense se fundamentaba, para Pericles, en el hecho de que Atenas era, realmente, la suprema *polis* de Grecia. Ningún pueblo, como declaró en su famosa oración fúnebre, se podía sentir humillado por estar sujeto a la hegemonía de los atenienses. Y atendiendo a que se hacía

necesario, para regular las complejas relaciones de las ciudades griegas, entre sí y de estas con las potencias extranjeras, que una de ellas dirigiese a las demás, solamente Atenas se calificaba por tal atribución.

Esa merecida supremacía de Atenas, por otro lado, convenía a sus intereses y era, en verdad, indispensable para su preservación. Atenas llegó a ser dependiente de la importación de cereales y otros alimentos, transportados, por vía marítima de regiones distantes. Para importarlos, tenía que exportar, en contrapartida, sus productos manufacturados y su excedente de aceite de oliva. Necesitaba, así, disponer de una flota grande y de tranquilas condiciones de navegación y de comercio internacionales, lo que sólo podía asegurar a través de su supremacía sobre el Egeo y el Mediterráneo, en general. Añádase que el imperio marítimo de Atenas le proporcionaba condiciones de pleno empleo, utilizando abundante mano de obra en la tripulación de las naves, en los astilleros y servicios de mantenimiento y en varias otras facilidades resultantes del imperio.

El equilibrio económico que el imperio proporcionaba a Atenas, con

los tributos que recaudaba y con los cuales financiaba la flota, con una abundante oferta de alimentos, la exportación de manufacturas y de aceite y con el pleno empleo tenían, además, una decisiva repercusión positiva sobre la democracia ateniense. Como ya fue mencionado en este estudio, la teoría y la práctica de la democracia, en Grecia, condujeron a un populismo redistributivo, sin producir un concepto alternativo a las formas corrientes de producción. Para equilibrar, armoniosamente, las pesadas cargas (liturgias) que eran impuestas a los ciudadanos ricos, —que no participaban como los metecos, del comercio— para financiar los gastos del Estado, complementariamente a los tributos recaudados de los confederados y permitir una política redistributiva, se necesitaba de las compensaciones que la estructura imperial proporcionaba a esos mismos ricos.

Tales compensaciones, no habiéndose desarrollado el capitalismo ateniense, no eran ecuivalentes a las ventajas de que pasaron a disfrutar, modernamente los países industrializados, en sus relaciones asimétricas con el Tercer Mundo.

Tampoco alcanzaron las

características de la gran agricultura esclavista que se desarrolla en el Imperio Romano. Las compensaciones para los ciudadanos ricos, en Atenas, fueron, de un lado, la garantía para los grandes agricultores, de mercados externos para el aceite y, de otro, la participación de aquellos ciudadanos, a través de comandos militares, en las glorias del Imperio.

El imperio, finalmente, aparecía como plenamente ejecutable por Pericles. Habiéndose hecho Atenas invulnerable, con la construcción de la doble muralla (455 a. C.), ligándola al Pireo, juzgaba Pericles que podía, a través de la incontrastable superioridad naval de Atenas, mantener libres las rutas marítimas y evitar los riesgos de prolongados asedios terrestres, por la facilidad de que disponía, con la flota, de atacar la retaguardia de los adversarios.

Por otro lado, Pericles contaba con mantener la fidelidad de los aliados y su aceptación de la hegemonía ateniense —sin perjuicio del uso ocasional de la fuerza— mediante una combinación de ventajas. Dar a los aliados una razonable cuota de los beneficios del imperio, en términos de participación en el

comercio, del uso de los puertos, de usufructo de la seguridad contra piratas y enemigos externos y de las ventajas de la inserción en un sistema jurídico y financiero estable y sólido. Además, apoyar las fuerzas democráticas en las áreas de influencia ateniense, protegiendo a los gobiernos populares contra sus respectivas oligarquías y contra incursiones de fuerzas extranjeras, persas o lacedemonias, en general aliadas a las aristocracias locales.

Esa estrategia de Pericles se reveló eficaz durante el largo período que media entre el inicio de su liderazgo (461) y el principio de la guerra del Peloponeso (431). Las relaciones de dominio de Atenas sobre sus aliados fueron matizadas por las ventajas económicas y políticas precedentes indicadas y llegaron a ser bastante estables. Por otro lado, se mantuvo un precario equilibrio entre el imperio ateniense y la Liga del Peloponeso. Los conflictos discontinuos de la década del 450, estabilizados por la tregua de 5 años de Cimón y los dos años 449-446, estabilizados por la paz de 30 años, negociada por Pericles, dejaron clara la existencia de un equilibrio de fuerzas entre los dos

polos de poder en Grecia. Pero, de esta forma, también confirmaron la viabilidad del imperio ateniense y los principios básicos de la estrategia de Pericles.

El principal factor de desestabilización de equilibrio de fuerzas entre Atenas y Esparta fue el hecho de que la creciente expansión del comercio y el predominio marítimos de Atenas que le condujeron a penetrar cada vez más en el Adriático, en la ruta de las ciudades griegas de Sicilia y el Sur de Italia. Ocurría, mientras tanto, que Corinto, aliada de Esparta, habiendo perdido definitivamente el control en el Egeo, miraba con creciente aprensión las incursiones de Atenas en el área de comercio internacional que le restaba, el mediterráneo occidental.

La política de Pericles de aliarse, en el extremo noreste de Grecia, a Corcira, colonia de Corinto, contra esta (435), de imponer a Potideia, también colonia de Corinto, en el extremo nordeste, la ruptura de sus lazos con la madre patria (432), constituyó para Corinto una amenaza inaceptable y, para Esparta, el principio de un estrangulamiento del Peloponeso que tendería a colocarla a merced de Atenas. Lo que condujo a

la movilización de Esparta para el estallido de la guerra, en el 431.

Ante esa movilización Pericles, movido por la convicción de que la paz de los treinta años (firmada en el 445) sería efímera, juzgó oportuno dejar que los acontecimientos se encaminaran a la confrontación. Prefirió inducir a Esparta al conflicto, cuando todavía se sentía en condiciones de dirigir los negocios de Atenas y confiaba en el éxito de su estrategia, a dejar que se transfiriese para el futuro, en condiciones posiblemente menos favorables, una guerra que consideraba inevitable.⁽²⁰⁾

La estrategia imperial de Pericles, ajustada a las condiciones de la guerra, mantuvo inalterados sus lineamientos básicos. En su aplicación a la situación de guerra Pericles se afirmó en el principio de no dar al enemigo la oportunidad de trabar grandes batallas de infantería, en campo abierto. Manteniendo sus fuerzas protegidas por las murallas o a bordo de los navíos transfirió para Atenas y el Pireo las poblaciones de las planicies del Atica, atacadas por los espartanos.

Al mismo tiempo, contrataba, con la flota, a

la retaguardia del enemigo, desvastándole áreas costeras, en retaliación a las depredaciones del Atica y como disuasión para el proseguimiento de éstas.

Los méritos y fallas de la política externa y militar de Pericles serán sucintamente discutidos en el próximo capítulo de este estudio. Que ella acabó en completo desastre para Atenas es un hecho que la historia registra y que los helenófilos hasta hoy deploran, porque solamente Atenas, en verdad, disponía de condiciones para dirigir Grecia y contenía, en sus propios particularismos, una dimensión universal.

Cabe, así mismo, señalar que fueron contingencias imprevisibles, como la peste de Atenas del 430, que diezmó un tercio de su población y la circunstancia de que Pericles, afectado por ella, haya muerto al año siguiente, que contribuyeron decisivamente para debilitar Atenas, desequilibrando en su contra las relaciones de fuerza.

Política cultural

Hablar de política cultural, en relación a Atenas del siglo V a. C., implica emplear una visión laica y operativa del mundo, difundida por el siglo XVIII

europeo y típica del hombre contemporáneo, profundamente diferente de la visión religiosa e integradora del griego clásico. En ese sentido, no se podría desagregar, en las intenciones de Pericles y del pueblo ateniense, una política cultural de su visión general del mundo y de la concepción que tenían de todo lo que se relacionaba con la vida de la *pólis*.⁽²¹⁾

Tomándose en cuenta esa importante calificación, resulta práctico, para el estudioso contemporáneo, valiéndose de sus categorías actuales, diferenciar analíticamente, bajo el concepto de política cultural, el conjunto de medidas adoptadas por Pericles en el campo de las artes, especialmente las relativas a la reconstrucción de la Acrópolis, destruida por los persas en el 480.

La reconstrucción de la Acrópolis, como centro cívico-religioso de Atenas, era para los atenienses un imperativo también cívico-religioso. Pericles, al cumplirla, tuvo como objeto producir una manifestación suprema del genio ateniense, que fuese una paradigma de sus concepciones estéticas y una etema y universal afirmación de Atenas como centro director de Grecia y capital del mundo

civilizado. Por otro lado, Pericles se dio plenamente cuenta de los beneficios político-sociales que resultarían de un programa de grandes obras públicas, movilizando una vasta mano de obra, de la más sofisticada a la más simple. Preparó, así, cuidadosamente, todos los aspectos implicados en el gran proyecto.⁽²²⁾

El período escogido para la planificación e inicio de la ejecución de las obras de la Acrópolis fue el de relativa tranquilidad que siguió a la tregua de cinco años con Esparta (451) y a la paz de Callias con Persia (450). Los grandes maestros movilizados por Pericles para ese Proyecto fueron Calícrates, el ingeniero de las murallas de Atenas, a quien tocó importantes responsabilidades en la construcción del Partenon, ligadas a la ingeniería de la obra; Ictinos, el arquitecto del templo de Apolo en Bassae, que se encargó de la elaboración y de la dirección del proyecto arquitectónico del templo; y Fidias, que ya adquiriera fama inmortal con la estatua de Zeus del templo de Olimpia, a quien le fue atribuida la supervisión y principal ejecución de la obra escultórica del Partenon y que además produjo tres estatuas de

Atena: Atena Promachus, Atena Limniana y la famosa colosal estatua crisoelefantina de la diosa, todas, desgraciadamente, desaparecidas, quedando, de la última, algunas reproducciones vulgares en escala disminuida.

Para cubrir los inmensos gastos para ese grandioso proyecto Pericles, contra la opinión de los conservadores y la letra del tratado, se valió de los recursos de la Liga de Delos, cuyo tesoro había sido removido para Atenas en el 454.

Escapa a los propósitos de este estudio un análisis, aunque sucinto, de esa extraordinaria realización que fue la reconstrucción de la Acrópolis.⁽²³⁾ Los grandes elementos que integran el conjunto fueron ejecutados a partir del 447. El Partenon, de Ictinos, con la colaboración de Calícrates y los trabajos de Fidias, iniciado en aquel año, fue inaugurado en las Phanateneas del 438; los Propylaea, de Mnesicles, que dan entrada a la Acrópolis, fueron ejecutados del 437 al 432; el templo de la Victoria Apta, de Calícrates, en el 450; el Erecteion, iniciado en el 420, sólo será concluido en el 408, en vísperas de la catástrofe final de Atenas.

Además de la

Acrópolis, Pericles se ocupa de otras construcciones y actividades. El hermoso templo de Hefestos, en el Agora, conocido como Teseion, y construido en los años 440. En esa misma época, se edifica el Odeon, para conciertos musicales, cuya forma fue inspirada por la tienda de Xerxes, tomada por los atenienses. Pericles se interesaba directamente por toda esa labor, visitando constantemente las obras y discutiendo todos sus aspectos con los arquitectos y escultores. Era, igualmente, animador de los festivales, de la música y de la poesía trágica, habiéndose hecho elegir corega de los juegos en el 442.

Fidias, que gracias a la amistad de Pericles y el prestigio que él le daba, había llevado a superar el modesto status que afectaba a los escultores, por causa de los prejuicios antimanales de los griegos, se decide a la suprema audacia de celebrar la gran obra común, de él con Pericles, haciéndose representar con su patrono en la escena de la lucha de guerreros, esculpida en el escudo de Atenas.⁽²⁴⁾ Fidias aparece con un viejo calvo, lanzando una roca con ambas manos, en tanto que Pericles, con su bello porte, contempla serenamente el espectáculo, el brazo

derecho erguido cubriéndole el rostro. Esa audacia, como es sabido, le causó grandes sinsabores y fue, entre otros pretextos usada por los enemigos de Pericles como acusación de impiedad a Fídias, que tuvo que huir de Atenas.

Si los esfuerzos de Pericles, en política externa, terminaron arruinados por la calamidad de la peste, la catástrofe de la expedición de Alcibiades a Sicilia que fue el final del desastre de la flota, en Aegos Potamos, su actuación en el plano de las artes condujo a Atenas a fijar, en el mármol de la Acrópolis, en una forma que se reveló superior a las devastaciones del templo, la suprema imagen de su propia cultura.

V. BREVE REFLEXION CRITICA

La obra de Pericles

La obra de Pericles está ligada indisolublemente a la sociedad y a la cultura atenienses del siglo V. Hay líderes que son, ante todo, una expresión de su medio y de su tiempo, como Demóstenes y Pompeyo. Hay líderes que se distancian significativamente de su circunstancia y actúan sobre ella, a partir de un proyecto universal y muy propio,

como Alejandro. Pericles, suprema manifestación de patrones éticos de serenidad y de equilibrio, expresa los intereses y los ideales de su sociedad y de su época y, concomitantemente, los administra con una visión y de una forma que trasciende las circunstancias de donde emergen.

La obra de Pericles, por eso, corre el riesgo de ser excesivamente entendida como pura manifestación del genio ateniense, o como situada, olímpicamente, por encima de los hombres y de las cosas, como la trayectoria de un dios. Esa polaridad ya se hacía sentir entre los contemporáneos, unos viendo en él la encarnación del *demos*, otros, el olímpico. En verdad, la obra de Pericles es, al mismo tiempo, una expresión y un reordenamiento

perfeccionado de la sociedad y la cultura atenienses. Está marcada, así, por la coexistencia de elementos y aspectos muy contingentes con otros dotados de extraordinaria permanencia.

Los aspectos más contingentes de la obra de Pericles se deben, fundamentalmente, a su profundo compromiso con el parroquialismo de la Ciudad-Estado. Es cierto que raras fueron sus contemporáneos que, como

Isócrates, lograron, en parte, superar el localismo de la *polis* y anticipar la visión estoico-helenística del hombre como ciudadano ecuménico.⁽²⁵⁾ En Pericles el parroquialismo de la Ciudad-Estado y su profundo patriotismo lo llevan a la sobreestimación de los recursos y medios de que disponía Atenas y a la incomprensión de las virtualidades cooperativas que existían en el mundo helénico. Esos elementos afectaron negativamente su política exterior, independientemente de la supervivencia de las circunstancias imprevisibles, como la peste y otras desastrosas vicisitudes.⁽²⁶⁾ A partir de esa limitación fraccionadora, cabe anotar, a mi manera de ver, tres principales falacias de la política externa de Pericles.

La convivencia con Esparta

La falacia de orden más general pero, quizá, aquella en que sus ideas mejor podrían ser defendidas, se refiere a su tesis de la imposibilidad de una convivencia equilibrada entre Esparta y Atenas. Toda la política externa de Pericles se basa en la hipótesis de que Esparta, ejerciendo una sólida

hegemonía sobre la Liga del Peloponeso, realizaría permanentes esfuerzos para destruir el imperio ateniense. Admitidas las premisas, de las que partía Pericles, de que el imperio ateniense era justificado, conveniente y viable, la única cosa que debía hacer era reducir a Esparta a la impotencia.

Esa tesis, aunque tenga muchos elementos a su favor, es contrariada, a mi manera de ver, por razones tanto de orden analítico como empírico. En el plano analítico cabe observar que los intereses de Esparta y Atenas no eran inherentemente conflictivos. Esparta era una sociedad agrícola y una potencia militar terrestre. Atenas, una sociedad comercial y una potencia marítima. Es cierto que la polarización de los Estados griegos entre las dos potencias tendía a ser inevitable, trayendo, con esto, un elevado potencial del conflicto. Algunos aliados de Esparta, como Corinto, también eran sociedades comerciales y marítimas, competidoras de Atenas. Y las ciudades de Beocia, que tendían a aliarse a Atenas cuando estaban sujetas a regímenes democráticos, también eran sociedades agrícolas y militarmente terrestres, potencialmente

competidoras de Esparta, como se vería más tarde, con Pelópidas y Epaminondas. Las tensiones entre los dos bloques, consecuencia de los conflictos de intereses al nivel de los aliados, podrían, mientras tanto, ser administradas pacíficamente, a través de la natural división geográfica de sus áreas de influencia: Atenas sobre el Egeo y la faja oriental de Grecia, al norte del golfo de Corinto; Esparta y sus aliados, sobre el Peloponeso, el Ariático y la banda oeste de la península. El punto crítico sería, naturalmente, el istmo de Corinto, en que se encuentra la frontera de los bloques o tendría que pasar algunos kilómetros al norte de Corinto o al sur de Megara, o tendría que incorporar a ésta en el bloque del Peloponeso.

En el plano empírico, la experiencia de Cimon, en la década de su predominio político y militar en Atenas, del 476 al 463, parece confirmar la viabilidad de la coexistencia relativamente pacífica entre Esparta y Atenas. La iniciativa, tanto para la cooperación, como para el conflicto, estaría siempre con los atenienses, dada la característica lentitud de decisión y de movimientos de Esparta. En la medida en

que Atenas hubiese comprendido que, en las condiciones de la época, una confrontación espartano-ateniense habría sido fatalmente destructiva para ambas potencias —a semejanza de lo que, en otras condiciones tecnológicas, ocurre en el presente en las relaciones soviético-americanas— hay muchas indicaciones de que Atenas habría podido compatibilizar sus intereses con los de Corinto y, neutralizando el principal foco de discusión, mantener la guerra a los persas como tarea común de los griegos.

Confederados y Sucedáneos

La segunda debilidad de la política externa de Pericles se encuentra en su incapacidad de ampliar el sistema de alianzas de Atenas y de consolidarlo a través de la mayor co-participación de los aliados.⁽²⁷⁾ La Liga de Delos, como ya fue mencionado, consistió, originalmente, en una confederación voluntaria defensiva, de carácter naval, para la protección, contra los persas, de las islas y ciudades costaneras del Egeo. Comprendía, en su formación, en el 447, la mayor parte de las islas y de las ciudades jónicas de la

costa oriental del Egeo. Sus asuntos eran dirigidos por un Consejo, en que el peso deliberativo de los aliados era proporcional a su esfuerzo participativo, en el tesoro de la Liga instalado en Delos.

La dirección imprimida por Pericles a los asuntos de la Liga se caracterizó por la acentuación de la tendencia, que ya venía del período anterior, de someterlos a la sucedanía de Atenas. El tesoro fue removido para Atenas y usado para fines específicos de ella, inclusive para la reconstrucción de la Acrópolis. Los tribunales y magistrados atenienses llegaron a ser competentes para los asuntos de la confederación, Y la permanencia de los aliados en la liga se hizo compulsoria. Es cierto, como ya fue señalado, que Pericles, con su habitual sentido de medida, buscó proporcionar diversas compensaciones a los aliados, Y no cabe negar que obtuvo significativos resultados, conservando la mayor parte de esas alianzas durante la guerra del Peloponeso, hasta la catástrofe final de Atenas. Por otro lado, los espartanos, en su propio sistema de alianzas, fundado casi exclusivamente en la fuerza, también mantuvieron la fidelidad de

la mayor parte de los aliados durante la guerra con Atenas.

Faltó a Pericles, a causa de su arraigado parroquialismo ateniense, la comprensión de que el sistema de alianzas de Atenas sería significativamente ampliado y reforzado si los Estados participantes conservasen mayor autonomía interna y dispusiesen de mayor participación en las deliberaciones interesando al conjunto del sistema, aunque preservándose el papel directivo de Atenas, que difícilmente le sería discutido por los demás. Tal política habría, probablemente, consolidado la vinculación de Beocia con Atenas, manteniendo la alianza de Pitidea e impidiendo revultas, como, entre otras, las de Samos y Bizancio. Es cierto, por tanto, que tal política habría exigido una superación de las circunstancias político-culturales de la Ciudad-Estado difícilmente concebible, en las condiciones del siglo V.

En vez de ampliar las bases del sistema por extensión de beneficios y derechos a los participantes y de consolidarlo, por la adopción de mecanismos representativos que involucraran a todos en el proceso decisorio, Pericles,

muy al contrario, convirtió al pueblo ateniense en sucedáneo y juez de los aliados y restringió el ámbito de ciudadanía, limitando a los hijos de padre y madre atenienses. La reducción de la base de los recursos materiales y humanos de Atenas terminó por condenarla al agotamiento y entregarla, inerme, a discreción de los espartanos.

Sobrestimación de los medios

Una tercera debilidad importante de la política externa de Pericles se encuentra en la sobrestimación de los recursos y medios atenienses. Esa sobrestimación de los propios medios fue agravada, por sus sucesores, por la subestimación de los recursos de los adversarios.⁽²⁸⁾

Pericles tenía perfecto conocimiento de la superioridad de la Liga del Peloponeso en los recursos militares terrestres. Por tal razón, como fue señalado, concibió una estrategia defensiva, en tierra y ofensiva, en el mar. Sus sucesores, más tarde, fueron llevados a subestimar los recursos de que disponían en las ciudades de Sicilia,

aliadas de Esparta, al proyectar la gran expedición a aquella isla. Aunque esta pudiese, eventualmente, no haber terminado en la catástrofe a que fue llevada, no disponía, desde el inicio, de ninguna posibilidad de éxito, dada la completa falta de proporción entre los medios disponibles y los objetivos pretendidos.

Pero aunque se pueda razonablemente alegar que, bajo el prudente liderazgo de Pericles, la expedición de Sicilia jamás habría sido emprendida, es innegable que el conjunto de la estrategia de Pericles implicaba una gran sobrestimación de los propios medios. La verdad es que Pericles, por un lado, asumió los riesgos de un conflicto en dos frentes: directamente, contra la Liga del Peloponeso y, virtualmente, contra los persas. Por otro lado, en lo tocante al Peloponeso, concibió el plan de estrangularlo asumiendo, con apoyo terrestre, al nordeste, el control de la Chalcidice, con base en Potideia, y al noroeste, el de Cócira. Y aquí nos encontramos con una concepción estratégica que, diversamente de lo que se puede decir de la cuestión precedentemente analizada, comportaba errores que podrían haber sido evitados.

En lo que se refiere al primer aspecto, cabría observar que la paz de Callias, con Persia, no podía, realmente, ser asumida como suficientemente estable para evitar los riesgos de una intervención persa, en una confrontación oponiendo una mitad de Grecia a la otra. Y si tal cosa no se dio, en la primera fase del conflicto —guerra Deceleana, del 414 al 404— fueron los recursos persas que sustentaron Esparta y le permitieron la victoria final.

En lo que se relaciona con el segundo aspecto, no puede escapar al observador contemporáneo que los recursos movilizables por Atenas eran muy inferiores a los necesarios para cerrar las vías de comercio marítimo del Peloponeso, por el este y por el oeste, manteniendo, al mismo tiempo, el cerco naval de la península y los previstos apoyos terrestres. A partir de esa constatación, es necesario reconocer que un conflicto total con Esparta —aunque no implicando la inevitabilidad de una derrota— tampoco presentaba para Atenas expectativas razonables de victoria y no debió, por tanto, ser objeto de una opción ateniense. Es que cierto que se podrá siempre ponderar, retornando a la

primera tesis de Pericles, que este indujo a Esparta a deflagrar la guerra porque juzgaba a los espartanos ineluctablemente comprometidos con el propósito de destruir el imperio ateniense. Esa es la cuestión que fue inicialmente discutida sobre la cual aunque sobre razones a favor de Pericles, me parecen más convincentes las razones en sentido contrario.

El mensaje permanente

La obra de Pericles, por tanto, no es apenas una expresión del genio ateniense ni se contiene, solamente, en los aspectos contingentes de su política exterior. Ella constituyó un esfuerzo, admirablemente bien logrado, de optimización de la sociedad y de la cultura atenienses, llevándolas a la realización de sus más altas potencialidades. Esa dimensión de la obra de Pericles ostenta un sentido permanente, de que siempre se dio cuenta el mundo civilizado, en todas las siguientes fases de la historia.

¿Qué característica imprime ese sentido de permanencia a la obra de Pericles, haciendo que ella se manifieste o se

identifique con los más altos valores del legado helénico? Creo que la respuesta se encuentra en el hecho de que esa obra consiste, bajo varias formas, en una suprema manifestación del sentido universal del humanismo griego, fundado en el principio de la armonía.

Se trata, por otro lado, de una praxis de la armonía humanista, de su efectiva instauración en la *polis*, a través de la institucionalización y del ejercicio de una libertad racional, fundada, al mismo tiempo, en la igualdad de todos los ciudadanos y en el reconocimiento de todas las formas de excelencia. Se trata, por otra parte, de una armonía en la cultura y en el arte, mediante la creación de un paradigma de belleza fundado en el equilibrio del hombre con la naturaleza que, asumiendo a esta sin violentarla, la configura en función del hombre, haciendo de él la medida de todas las cosas. Se trata, por fin, de una armonía en la mente y en la conducta, que compatibiliza entre sí los grandes impulsos del hombre, bajo la disciplina de una libertad racional fundada en el principio délfico: "nada en exceso".

Con Pericles, Atenas se supera a sí misma y configura su imagen

histórica. Más que en la escuela de Grecia, como él tan acertadamente proclamó, ella se constituyó en escuela del mundo, y dio nacimiento a un modelo de sociedad y de cultura del cual todos los ejemplos futuros de excelencia, de cierta manera, serían un renacimiento.

- (1) Consultar, sobre ese período, E. M. Walker: "The Confederacy of Delos", Cap. II, p.p. 32-67 del 5º Vol De *The Cambridge Ancient History*.
- (2) Consultar E. M. Walker: "Athens and Greek Power", Cap. III, p.p. 68-99 de *The Cambridge Ancient History*, op. cit.; consultar también F. E. Adcock, Cap. VII, p.p. 165-192 de la misma obra y M. Rostovtzeff, Cap. IX, *Greece*, New York, Oxford Univ. Press, 1963.
- (3) Consultar sobre el período F. E. Adcock "The Archidamian War", Cap. VII, p.p. 193-253 del Vol 5º de *The Cambridge Ancient History*, op. cit.; consultar también W. S. Ferguson, "The Athenian Expedition to Sicily", *The Oligarchical Movements in Athens* y "The Fall of the Athenian Empire", Caps. X, XI y XII, *Greece* op. cit.
- (4) Cf. M. I. Finley: "The Ancient Economy", Berkeley, Univ. of California Press, 1973.
- (5) Cf. W. S. Ferguson: "The Oligarchical Movement in Athens", Cap. XI de *The Cambridge Ancient History*, op. cit.
- (6) Sobre el tema consulta E. M. Walker: "The Confederacy of Delos", Cap. II de *The Cambridge Ancient History*, op. cit.,
- (7) Sobre el tema consulta A. R. Burn: "Pericles and Athens", Caps. 4 y 5, New York, Collier Books, 1962; consultar también M. Ostovtzeff: "The Athenian Empire", p.p. 136-150, *Greece*, op. cit.
- (8) Cf. W. W. Tarn., Cap VI del Vol. 7 de *The Cambridge Ancient History*, op. cit., p.p. 208 y sgts.
- (9) Cf. M. Rostovtzeff: "The Athenian Empire", op. cit.
- (10) Cf. M. Rostovtzeff: "Greece", op. cit., Caps. V y VI.
- (11) Cf. A. R. Burn: "Pericles and Athens", Cap. 12, op. cit.
- (12) Consultar sobre el tema Marcus N. Todd: "The Economic Background of the 5th Century", Cap. I de *The Cambridge Ancient History*, op. cit.
- (13) La moneda griega comprendía, a partir de las denominaciones más altas, las siguientes unidades y valores: 1 talento= 60 minas; 1 mina=100 dracmas; 1 dracma=6 óbolos. Es difícil estimar el valor de la moneda griega en términos de monedas contemporáneas, en virtud de las profundas diferencias entre una economía antigua y las de hoy. A Petrie, en "Introducción al Estudio de Grecia", estima (p. 117) que, en el siglo V a. C., 1 mina valía L. 4 de 1932. Si consideramos en términos del Brasil actual, en que el salario mínimo en 1980 es del orden de US\$ 720 por año y en que

- el costo mínimo de vida para un adulto en el tiempo de Pericles, es estimado (A petrie) en 120 dracmas por año, tendríamos que el poder adquisitivo del dracma sería de cerca de US\$ 6,00.
- (14) Cf. M. Rostovtzeff: "Greece", Cap. VI, op. cit. Para un amplio estudio de la materia consultar Gustave Glotz: "La Cite Grecque", París, Alkbin Michel, 1968.
- (15) Cf. A. R. Burn: "Pericles and Athens", op. cit. Consultar también E. M. Walker: "Athens and the Greek Powers", Vol. V, p.p. 72 y sgts. de *The Cambridge Ancient History*, op. cit.
- (16) Consultar E. M. Walker: "The Periclean Democracy", Cap. IV del Vol. 5 de *The Cambridge Ancient History*, op. cit.
- (17) Cf. E. M. Walker: "The Periclean Democracy", op. cit. p.p. 106-110.
- (18) Consultar sobre el tema Jacob Burckhardt: "Historia de la Cultura Griega", segunda edición, I Vol. I Barcelona, ed. Iberia, 1947.
- (19) Cf. A. R. Burn: "Pericles and Athens", op. cit. E. M. Rostovtzeff: "Greece", op. cit., Cap. IX.
- (20) Cf. A. R. Burn: "Pericles and Athens", op. cit. Cap. 12.
- (21) Cf. Werner Jaeger: "Paideia", Vol. I, p.p. XVI y sigts. y 321 y sgts. New York, Oxford Univ. Press, 1945; consultar también H. D. F. Kitto: "The Greeks", p.p. 75 y sigts., Baltimore, Penguin Books, 1959 y C. M. Bowra: "The Greek Experience", Cap. III, New York, Mentor Book, 1961.
- (22) Cf. M. Rostovtzeff: "Greece", op. cit. Cap. XI y A. R. Burn: "Pericles and Athens", op. cit. Cap. 9.
- (23) Sobre el asunto consultar J. D. Beazley: "Greek Art and Architecture", Cp. XV del Vol. 5 de *The Cambridge Ancient History*, op. cit.
- (24) Cf. A. R. Burn: "Pericles and Athens", op. cit. p.p. 139 y sigts.
- (25) Cf. Werner Jaeger: "Paideia", Vol. 3, p.p. 132 y sigts., op. cit.; consultar también J. B. Bury: "A History of Greece", op. cit. p. 569.
- (26) Cf. E. M. Walker: "Athens and the Greek Power", Vol V. p.p. 90 y sigts. de *The Cambridge Ancient History*, op. cit.
- (27) Cf. sobre el asunto, J. Bruckhardt: "Historia de la Cultura Griega", op. cit., Vol. I, p.p. 289 y sgts.; consultar también Werner Jaeger: "Paideia", op. cit. Vol. I. p.p. 332 y sigts.
- (28) Cf. E. M. Walker: "Athens and the Greek Powers", Cap. III del Vol. V. de *The Cambridge Ancient History*, op. cit; consultar también en el referido libro los Caps. VI, "Sicily", de P. Hachforth, VII, "The Breakdown of the Thirty Yeas Peace", de F. E. Adcock y, por este, el Cap. VII, "The Archidamian War".

